

# SUEÑO Y REALIDAD DE TUCAPEL

---

HERMELO ARABENA WILLIAMS

ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

---

## I

Concepción la discreta, remecida por temblores y largos aguaceros, era no obstante un puerto de bonanza para el Gobernador don Pedro de Valdivia. Mediaba el año de 1553 y en él cumplíanse doce de sus altas empresas en este reino de la Nueva Extremadura. Las fundaciones de La Imperial y Los Confines, de Santa María de Valdivia y de Villarrica dilataban sus conquistas y el reciente hallazgo de unos lavaderos de oro le aseguraba la opulencia en aquellas pródigas tierras del sur. ¿Acaso no era feliz ahora, viendo ya sometido todo este reino y soñando lucir en breve la venera de Marqués de Arauco, que con un leal agente, su amigo Jerónimo de Alderete, había solicitado de su Cesárea Majestad? Y saboreando los ricos mejillones de la Isla Quiriquina, tributaria de esas playas, y rociándolos con el rojo vino de las Indias, don Pedro replegábase en la coraza de sus íntimos pensamientos y sacaba cuentas. No eran de las codiciadas pepitas de sus lavaderos: eran del arribo a Sevilla de la nao "San Pedro", en que precisamente viajaba el cumplido Alderete, portador de 76.200 pesos de oro fino, "marcado con la marca de Chile", presente que el guerrero aspirante a Marqués ponía a las augustas plantas del Emperador.

Con el suspensivo deslizarse de la lluvia surgían a trozos anhelos, memorias y esperanzas en la mente del conquistador. Era una tarde de la indecisa primavera sureña, fugaz alianza de sol y brumas precursoras de tormenta. Apropiada decoración para las confidencias de Valdivia a Juan Gómez de Almagro, a la sazón llegado del fuerte de Purén.

-Quedaos aquí hasta mañana, bueno y fiel Gómez de Almagro... Si vos añoráis vuestra casa fuerte de Purén, yo no añoro ya mis vendidas casas del Cabildo en Santiago. Ahora que empiezo a envejecer, mis pensamientos están en Campanario, allá en las riberas del Guadaleja. Tengo vivas ansias de estrechar entre los brazos a mi mujer. A estas horas es casi seguro que le habrán llegado los dineros que para el viaje confié al buen recaudo de Alderete. ¡Ah, Marina! ¡Cómo recuerdo sus ojos azules y aquel telar que, al cariño de sus manos, iba ensanchando más y más la urdimbre de sus hebras de colores como si fuera el mismo campo de Extremadura!

- Vuestro acariciado sueño está ya en marcha. Tal vez en esta Navidad o, en todo caso, en el otoño venidero, gozaréis de su dulce compañía y la de vuestros sobrinos Leonor y Francisco Gutiérrez de Valdivia. Y todo será paz en estas provincias, con el auxilio de Dios y al amparo de los fuertes de Arauco, Tucapel, Purén y Angol.

- Sí, todo será paz en mi espíritu y en el reino. Y acrecentando desde el Valle de la Posesión, en Copayapo, hasta las tierras contiguas al Estrecho de Magallanes, que está

descubriendo mi enviado Francisco de Ulloa, se extenderá de mar a mar esta comarca, formando una raza sobria, fuerte y laboriosa.

- Aquí no os alcanzan los arcabuzazos de la envidia y la maledicencia a que tanto os expusisteis en Santiago. Y sólo podría poner os en jaque una que otra sorpresa de los naturales, a pesar de estar ya sojuzgados.

- ¿Tendrían ánimos para ello, después del ejemplar castigo que hace dos años les impuse en esta misma ciudad de Concepción, cuando hice cortar las narices y la mano derecha de cuatrocientos indios prisioneros?

- La violencia siempre engendra violencia...Andaos con cautela. Vuestra colonia crece próspera; pero la selva impenetrable oculta el secreto de los araucanos.

- Ya vos decíais que tengo cinco aliados invencibles: Dios y mis casas fuertes de Arauco, Tucapel, Purén y Angol.

- Por muchas casas fuertes que tengáis, toda precaución es poca. ¿No os acordáis que a los nueve días de fundada esta ciudad, los indios arremetieron sorpresivamente contra nosotros?

- Bien caro les costó su atrevimiento, cuando a la voz de “¡Santiago, y a ellos!”, nuestra caballería puso en fuga a miles de mapuches, dejando a muchos muertos en la acometida.

- Olvidaba preguntaros algo de cierta monta. ¿Cómo van las faenas en los nuevos lavaderos?

- A pedir de boca, amigo Gómez de Almagro. Cuán lejos los tiempos en que os decía que “cada peso de oro me costaba cien gotas de sangre y doscientas de sudor”.

- ¿Sentiréis al menos la pérdida de los doscientos mil castellanos que os producía vuestra encomienda en el valle de la Canela?

- Aquí, en estas tierras conquistadas para nuestro rey y señor, todo es riqueza de oro y plata, peces y ovejas y maderas preciosas. Tan sólo con los últimos lavaderos que explotan mis yanaconas, tengo asegurados los ocios de mi vejez.

- Bien valen por vuestra perdida encomienda del Perú esos lavaderos y por tantos ríos de oro, la tranquila posesión de vuestra Juana Jiménez la uniré muy presto en católico matrimonio con Gabriel de Cifuentes. Así os lo juro por el mismo lábaro de la Cruz. Y vacías estas manos de las blandas caricias de Juana, hallarán arrestos suficientes para seguir empuñando los gavilanes de mi espada.

## II

La noche serena y la vecina playa sin oleajes protegían el sueño del Gobernador. Sólo turbaba el golfo, de tarde en tarde, el gracioso desfile de las toninas semejando galeras de piratas en pos de incitadoras aventuras. Desceñidos la tizona y el jubón de encarrujada golilla, don Pedro descansa de las fatigas del día. Su sueño es resumen y espejo de sus ansias... Apacible al principio, cuando en sus niñeces retoza por los campos de Extremadura, va exaltándose poco a poco. Tíñese en Flandes de bermejas oleadas de sangre... Al desembarcar en la isla de Cubagua, los trágicos recuerdos se toman, a falta de hecho heroicos, verdes palmares venezolanos y deslumbrante danza de perlas. Vuelven a colorearse de encarnados tintes en las exterminadoras luchas del Perú. Tras la enconada rivalidad de Pizarro y Almagro, surgen nuevas rivalidades y mayores violencias al trote de sus aventuras. Con plásticos relieves de pesadilla, aparece la figura de un eterno conspirador, Pedro Sancho de la Hoz, y las de Martín de Solier, del procurador Pastrana y Francisco Chinchilla, todos ellos pidiéndole clemencia y el olvido de las injurias más allá del patíbulo. De pronto, en la zona de su angustiado sopor brotaba una luz que le iba descubriendo los desnudos contornos de tantos deseos. Divisaba a doña Inés Suárez ataviada con saya de oscuro terciopelo guarnecida de oro y blanca mostacilla de encajes, saliendo apoyada en su propio brazo

de la misa de su felices desposorios. El Cabildo, el Obispo González Marmolejo y el vecindario entero se alborotan para darles la enhorabuena. Mas ¿acaso la novia no había ya prometido su mano al rico hidalgo Rodrigo de Quiroga? ¿Acaso él no era Pedro de Valdivia, el mismo que aguardaba la venida de doña Marina, su mujer? Sin embargo, no soñaba: ahí hallábase junto a esta morena beldad, sintiendo la respiración gozosa de su antigua amante. Ahí estaba, apenas oprimida por los encajes, la nocturna cascada de sus rizados cabellos, como una bandera provocadora de incitantes caricias. Esa era la realidad tangible, la verdad de su sueño.

Pero esta sucesión de vivencias, ya placenteras, ya siniestras, ¿serían ciertamente la cifra y compendio de su vida? ¿O sólo tenían vigencia en cuanto las imágenes del subconsciente reflejan la conciencia de lo que ha sido, de lo que pudiera ser remota o casualmente consciente? ¿Estaría él, en efecto, casado con doña Inés?

Esfumábase, de súbito, la amorosa visión, dejando amargos sabores de desengaño en sus labios reseco. Recordaba en seguida un tranquilo curso de su sueño. Galopaba ahora por una llanura solitaria. Luego de perder de vista un castillo fuerte, entraba sin advertirlo a un lugar disparejo y de movizados altibajos pantanosos. Deseando volver a Concepción, al dar vueltas a su cabalgadura vio, de pronto, que le cerraba el paso una legión de corceles alados, sin jáquimas ni jinetes. Quiso avanzar hacia una loma vecina, pero advirtió que estaba completamente rodeada de indígenas. Marchaba a duras penas: las espesas capas de fango en que resbalaba el animal dando corvetazos, hacían cada vez más difíciles sus maniobras. Desesperado por romper esta prisión en que era juguete de la suerte, lograba al fin encaminarse, jadeante y casi desfallecido, en dirección a unos pajonales. El oculto relinchar de una yegua le sobresaltaba. Los corceles alados ya habían desaparecido. Acercóse don Pedro, tranco a tranco, desnuda la espada, husmeando en rededor y encontraba a su fiel Gómez de Almagro, el de hercúleas fuerzas, malherido y descalzo, que le imploraba protección. A punto de salvarlo, abríase la tierra y rodaban al abismo caballo y caballero.

Oprimido el pecho, las sienes hechas una fragua quemante, despertaba el Gobernador, entre colérico y pensativo, buscando inútilmente cómo descifrar la antojadiza trama de tantas pesadillas. Y vertiendo agua en la aljofaina, aplacaba los malos ratos de esa noche toledana, diciéndose ya serenado:

“¡Voto al diablo que el yantar tantas sardinas y sorber vino en abundancia producen mal dormir!”.

### III

Fresco y rozagante, Concepción erguía a los cielos del austro, indiferente a las *trutucas* indígenas y a los chubascos de primavera. Grande y suntuosa era la casa que don Pedro había hecho construir en la plaza mayor.

A falta de torreones y aventajados edificios de piedra, ensayaba tímidos vuelos la espadaña de la iglesia parroquial y, hacia la cordillera de la costa, esbeltas Giralaldas del paisaje, las araucarias rendían el horizonte con las verdes saetas de sus frondas en acecho. Un calorcillo penetrante, atemperado por las brisas del mar, anunciaba la venida del verano. Valdivia estaba por fin satisfecho. Gobernaba un vasto reino en que lucían sus hispanos perfiles siete ciudades florecientes; mil blancos y millones de indígenas le rendían vasallaje; y alrededor de cincuenta mil yanaconas se dedicaban al laboreo de sus minas.

Si paciente, sufrida y lenta había sido la campaña de la conquista, la aventura de forjar riqueza lindaba también con los confines del heroísmo. Innumerables platos de madera con abultado fondo y rodillas sobresalientes, protectoras de las faenas, circulaban de mano en mano entre los indios que, con la mansedumbre de un rito religioso, depositaban en ellos las auríferas arenas e iban lavándolas con agua, una,

dos, tres y hasta diez veces, dejando en las profundidades de esas toscas escudillas las doradas pepitas del precioso metal y desechando tras minuciosa búsqueda grandes residuos de tierra ya utilizados. Esta operación la repetían sin descanso desde el alba hasta que los últimos rayos del sol los llamaban al necesario reposo, ganado a costa de tantos sudores.

De visita el Gobernador en sus lavaderos de Quilacoha, los fieles yanaconas presentábanle una enorme batea de oro extraído en escasos días. Viéndola, no pudo contener su júbilo don Pedro y exclamó sin reticencias: “¡Desde agora comienzo a ser señor!”.

Al poder político y a la gloria del soldado unía ya el poder económico; vislumbraba entre esas riquezas el brillo de sus títulos de Adelantado y de Marqués. Hasta los rigores de una prolongada separación de su dueña y señora, doña Marina Ortiz de Gaete de Valdivia, ya en viaje a estas Indias, le ofrecían junto a Juana Jiménez placentera fuente de consuelo y voluptuosas embriagueces.

¡Amor, dinero, señorío!

Tendida la mirada sobre esos lavaderos, el acaudalado Gobernador y Capitán General de Chile, evocaba con displicencia sus disgustos con el Cabildo santiaguino. Al objetarle la Corporación honores y mercedes dispensados a don Miguel de Avendaño, a cuyos parientes debía grandes servicios en el Perú, había insistido en su resolución, conminando a los cabildantes con aplicarles lesivas penas pecuniarias. Ahora que saboreaba la enervadora chicha de frutilla elaborada por los mapuches y que estaba en la cumbre del poder, sonábanle a hueco sus destempladas expresiones dichas cabalmente hacía un año a sus apabullados contrincantes: “Por vida de Su Majestad, habéis de recibir a Avendaño por Alguacil Mayor en la forma mandada, y si no lo hacéis, antes de que salgáis de aquí, pagaréis la pena de dos mil pesos”.

Chicha de frutilla, pellas de oro, caricias de Juana, la paz y la abundancia por doquiera: todo ofrecía a sus ojos tentadoras promesas de felicidad, después de largas estrecheces y zozobras.

#### IV

Secretos rumores se deslizan por la tierra de Arauco. Un hacha de pedernal negro, salpicada de sangre en sus contornos, junto con una flecha también ensangrentada y ciertos nudos misteriosos atados a un cordón de lana colorada, ruedan de mano en mano. Es el simbólico mensaje del Toqui general llamando a los Caciques a discutir la guerra en gestación. Cada nudo del cordón es un día, y el último de ellos representa el señalado para asistir a la bélica cita. Sonaba por fin la hora tan esperada y, en severa ceremonia, elegíase como jefe de las tropas mapuches al Toqui Lautaro.

Mientras esto acontecía, llegaba a Concepción, a revienta cinchas, un correo con una carta del capitán Martín de Ariza que montaba guardia en el fuerte de Tucapel. Rota la encarnada oblea del billete, sorprendíase Valdivia con la nueva de que los indios daban desembozadas señales de insurrección. Terminaba Ariza pidiéndole órdenes y refuerzos para defender la plaza. Sin atribuir gravedad a la advertencia, apresuróse a responderle el Gobernador que llevaría en persona los auxilios solicitados. ¡Creía que se trataba de una ligera escaramuza en perspectiva! ¡A una voz de mando suya, caerían deshechos los araucanos, aplastados por la fiera pezuña de sus caballos!

El recelo de Ariza y de los cinco soldados guarnecidos en aquella murada fortaleza abría angustiosos interrogantes en el sueño de sus moradores. Pronto se confirmaba tanta inquietud. Sorpresivamente era asaltado el fuerte de Tucapel. Repeliendo el ataque, su jefe recibía una contusión y, temeroso de no poder resistir las violencias del cerco hasta la llegada de los refuerzos, abandonaba la fortaleza que a los pocos momentos ardía en las vengadoras manos de los asaltantes.

Con la habitual entereza del guerrero e inocente de lo sucedido en Tucapel, entre el 18 y el 19 de Diciembre salía de Concepción don Pedro de Valdivia con la flor de cincuenta jinetes y dos mis yanaconas de servicio. Dirigiase hacia la casa fuerte de Arauco. ¡Cómo hubiese querido ser mapuche la castiza compañera del Gobernador para seguirlo, según la costumbre nativa, a la retaguardia de sus postergados deseos! Feliz su caballero Luis de Bobadilla y el silvestre gancho del árbol en que reclinará sus fatigosas bridas.

Siempre celoso de sus lavaderos, deteníase don Pedro de Quilacocha para proteger sus faenas. Y antes de proseguir la ruta, enviaba pliegos al bravo Juan Gómez de Almagro, comandante de la plaza de Purén, a fin de que avanzara con su gente hacia Tucapel.

Falto de la prudencia necesaria o, acaso, víctima de su temeridad, Gómez de Almagro leía públicamente las disposiciones de Valdivia, permitiendo, así, a los indígenas cerrar previamente los pasos por donde aquél había de atravesar. Cerca ya de su objetivo, el capitán extremeño destacaba a cuatro emisarios para explorar el campo. Transcurrían las horas y su vanguardia no regresaba... De pronto, espeluznante sorpresa dejaba atónitas las pupilas de don Pedro. Sangriento jubón con el brazo destrozado y cuatro cráneos expuestos en picas eran la terrible respuesta de los araucanos. Con esta fatal consigna entraba el Gobernador a un Tucapel humeante, solitario, en ruinas, sin sufrir ataque alguno del enemigo. Mas, la batalla estaba en potencia. Sólo aguardaba para estallar la fogosa arenga de Lautaro, que después de exaltar el heroísmo de sus antepasados, decía a sus hermanos de cautiverio:

“¿Cómo podréis beber la dulce chicha de vuestros bebederos, sujetos a unos extranjeros que toda su sed es de oro? ¿cómo podréis gozar vuestras mugeres, si todo el año os ocupan en las minas? ¿cómo haréis vuestras sementeras, ocupados en hacerles casas y torres de viento? Volved la cara al enemigo que aquí estoy yo en vuestra ayuda con mis soldados, y aunque pudiera hazerme de parte de los vencedores, no he querido sino pasarme a la de los vencidos para animaros y deziros que no temáis a los españoles, que no tienen mas que este primer impetu. Ya están cansados y muchos muertos, y los que quedan heridos, que aunque blasonan de victoriosos no están para pelear, y los caballos, que es su mayor fuerza, los tienen fatigados y no los pueden gobernar. Yo he estado entre ellos y he servido al Gobernador y sé que es hombre como lo demás: a él soldados valorosos” (1).

Cual sierpes escondidas en la espesura, súbitamente surgían de los pajonales una turba de mapuches. Valdivia recuerda, acaso, aquellas otras sierpes de sínople de su escudo... Lleno de confianza en sí mismo, dispone que cinco aguerridos tercios de su destacamento vayan a exterminar a los indígenas. Las cargas de los impetuosos jinetes españoles sucédense sin tregua. Cientos de mapuches caen en las embestidas, los desnudos torsos ensangrentados. Aparece un nuevo escuadrón que ataca con redobladados ímpetus a los invasores. Blandiendo sus picas y el *loncoquilquil* los cogen por la nuca y disparando la *boleadora* a sesenta metros de distancia, vuelven aquí un caballo y perforan allá una coraza desgarrando el pecho del maldiciente castellano. El capitán Diego de Oro, Corregidor y encomendero de Concepción, rueda con los sesos abiertos de un macanazo. Sucesivas fuerzas de refresco asedian y ultiman a los vasallos del rey. El Gobernador en persona resuelve dar fin a la acción que ya se prolonga demasiado. En desesperada acometida sus sobrinos Gaspar y Pedro de Valdivia son abatidos en pleno combate. Las bajas de los conquistadores se acrecientan en minutos. En vano espera el denodado extremeño los refuerzos de Juan Gómez de Almagro. Sorprendidos en los vericuetos del bosque y en lucha cuerpo a cuerpo con los mapuches, siete de sus trece

(1) Historia General del Reino de Chile. Flandes Indiano. Por el R. P. Diego de Rosales. Tomo I, cap. XXXV.

compañeros han ido desplomándose en su estéril empresa por llegar a los humeantes muros de Tucapel.

Valdivia, haciendo tocar retirada, dice a los sobrevivientes: -'¿Caballeros, qué hacemos?'

El capitán Miguel Pérez de Altamirano le replica con arrogancia:

- "¿Qué quiere vuestra señoría que hagamos, sino que peleemos y muramos?"

Nueva, desalentadora carga indica al Gobernador de Chile su sobrehumana impotencia. Una tronante ola de mapuches avanza sobre los restos de las vencidas huestes de Carlos V. Empuñado el acero, don Pedro está viviendo las crueles acechanzas de su reciente pesadilla cuyo sentido interpreta con estoica entereza. Sólo le queda un recurso táctico: huir aprovechando su veloz cabalgadura. Así lo hace e invita a ello a su capellán Bartolomé del Pozo. En las precipitaciones de la fuga por aquel campo escabroso, sumido ya en las sombras del atardecer, no distingue la traidora emboscada de una ciénaga. Lo que no habían podido las lanzas indígenas, lograbanlo ahora esas negras garras de fango, deteniendo el último galope de dos héroes. Son los postreros días de Diciembre de 1533. El común destino del guerrero y del sacerdote cerrábase en curva trágica. No tardarían en cercarles los vencedores, a la zaga de sus bestias atemorizadas. Las desvanecidas imágenes del sueño que don Pedro desechara en Concepción hacíanse ya conciencia y vida de su jornada, próxima a declinar. Arriba, la Cruz del Sur lanzaba sus primeros fulgores sobre la ciénaga. El capellán del Pozo absolvía de sus culpas al arrepentido Gobernador. Como aquella claridad que venía de los cielos, iba invadiendo poco a poco el pecho de don Pedro de Valdivia una consoladora luz de esperanza.

## V

Estrepitosos alaridos y retumbar de cornetas estremecen la tierra de Arauco. Viejos Toquis, soldados con lanzas y flechas, niños y mujeres forman rueda junto a la tienda de Lautaro. Una soberbia luna de verano alumbrá siniestro espectáculo de guerra. En lo alto de sendas picas yérguense a la pública vergüenza las cabezas del Adelantado don Pedro de Valdivia y de su capellán don Bartolomé del Pozo. Plañideras danzas y gritos de triunfo, mezclados a las nerviosas carcajadas de los indios borrachos, presentan sinfónico marco a este cuadro evocador de fieros ritos religiosos en que los antiguos germanos agotaban su insaciable sed de venganza.

La víspera se había realizado la ceremonia del juicio y condenación de los prisioneros, a los resplandores de una lúgubre fogata. Exánimes ya las víctimas con el repentino golpe de la maza blandida a sus espaldas, uno de Los Caciques les rompía garganta y pecho con un cuchillo sagrado y les arrancaba de cuajo el corazón que, palpitante y destilando sangre, repartían en leves pedazos entre los ávidos indios allí reunidos. Era el macabro festín de los vencedores, ansiosos del purpúreo manjar que los haría invulnerables a las violencias de los blancos.

Ahí alzábanse aquellas cabezas, desnudas de pensamientos y con las pupilas vidriosas y dilatadas. Mas, el verbo evangelizador del capellán no había muerto; la obra del conquistador y del gobernante afianzaríanse con su martirio.

Aquel cuerpo mediano era menguado para empresas tan atrevidas y sueños tan visionarios. Bien extraída estaba su noble víscera, exaltadora de los más generosos impulsos. Porque don Pedro tenía "tan grande corazón que no cabiéndole en el pecho fue lance forzoso el sacársele fuera" (2).

(2) Ibidem, cap. XXXV.